

reacción, a partir de mediados de la década del 60, que enfatiza los objetivos sociales del desarrollo, la cual a su vez se agota en los años 70, a medida que se agudizan las dificultades de la economía internacional.

Capítulos aparte merecen los planteamientos radicales respecto al desarrollo tanto de la izquierda como de la derecha (aunque Arndt advierte claramente sobre la relatividad de estos términos). Entre los primeros, incluye al estructuralismo y a la teoría de la dependencia, de origen latinoamericano, así como a las demandas por un Nuevo Orden Económico Internacional. Entre los segundos, analiza primeramente los argumentos de varios autores escépticos respecto a las posibilidades de progreso acelerado del Tercer Mundo, tales como Sally H. Frankel, Jacob Viner y Peter Bauer, y luego las creencias y actitudes de algunas figuras que han denunciado los males de la modernización, tales como Gandhi y el Ayatola Khomeini. Arndt es uno de los pocos economistas que toma en cuenta y presenta sobriamente los argumentos de los críticos del desarrollo.

De especial interés es también la exposición que hace Arndt de los planteamientos encaminados a enriquecer los objetivos sociales del desarrollo, que proliferaron entre 1965 y 1975. Pasa revista a los argumentos esgrimidos para privilegiar el empleo, la equidad y las necesidades básicas por actores tales como la OIT, el Banco Mundial, y el Instituto de Estudios de Desarrollo de la Universidad de Sussex. Estos argumentos parecen, irónicamente, haber pasado al olvido en la presente década de pauperización de las masas.

En el capítulo final, Arndt aborda el tema crucial de la deseabilidad del desarrollo, muy pocos veces siquiera mencionado por los economistas, poniendo en la balanza los argumentos que ha reseñado a favor y en contra de distintos aspectos y concepciones de proceso. Concluye que el escepticismo respecto al desarrollo, manifiesto en la forma de reparos y demandas de reformas a su orientación, ha provenido mayormente de las naciones industriales y no del Tercer Mundo, el cual parecería haberse mantenido básicamente satisfecho

con el desarrollo. Hace explícita su creencia personal de que el desarrollo como instrumento para la expansión de las opciones existenciales y de la libertad del hombre es un proceso beneficioso.

El libro de Arndt tiene un extraordinario valor, tanto por el esquema histórico que ofrece para mejorar nuestra comprensión de la idea del desarrollo económico, como porque resulta la visión lúcida e inusitadamente amplia de un economista maduro y consagrado acerca de los complejos problemas y controversias que suscitan esta idea y las políticas que de ella se nutren.

Javier Alcalde Cardoza

**Fernando Rospigliosi. Juventud obrera y partidos de izquierda: de la dictadura a la democracia, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1988, 113 pp.**

Desde el clásico trabajo de Dennis Sulmont (1977, 1980) sobre la historia del movimiento obrero y pasando por los años más recientes elaborados por Parodi (1986), Balbi (1989), Galfn, Carrión y Castillo (1986), las Ciencias Sociales peruanas han venido profundizando esta problemática usualmente cargada de ambivalencia, ideología y viejos estereotipos. Producto de esta labor ha habido una suerte de desmitificación de ciertos dogmas que se creían verdades consagradas, no sujetas a discusión, acerca de la condición obrera en el Perú.

El libro que comentamos se inscribe en esta nueva corriente que recoge de su propio objeto de estudio las claves para descifrar los cambios experimentados en "las actitudes y comportamientos ocurridos en la *juventud obrera de la industria manufacturera limeña* de la década del 80 con relación a la del 70, de cómo el tránsito de la dictadura a la democracia y los efectos de la crisis económica modificaron sus percepciones políticas y perspectivas de vida" (p. 14).

Como puede advertirse, se trata de un trabajo que afina su interés en la vida

cotidiana de jóvenes obreros simpatizantes de los partidos de izquierda, militantes y ex-militantes de los años 70, y sindicalistas clasistas y apristas de las ramas metalúrgica y textil, cuya visión acerca de su propia condición proletaria y de la política ha sido recogida a partir de entrevistas en profundidad realizadas en el ámbito de Lima Metropolitana. Lamentablemente, en ninguna parte se nos dice el número de entrevistas efectuadas, así como también se pierde en gran medida la breve historia personal que se nos ofrece hacer sobre cada uno de los entrevistados en la introducción del trabajo. Pese al propósito perseguido no estamos, como el autor mismo lo reconoce, sino ante los resultados preliminares de una investigación en curso. Ello, sin duda, puede explicar lo tentativo e incompleto de algunas de las conclusiones esbozadas, sobre todo en la segunda parte del libro, y la sensación de que se está frente a una investigación todavía en curso, no plenamente acabada. No obstante, es posible extraer algunas ideas-fuerza que son las que Rospigliosi ha querido mostrarnos como argumentos centrales de su libro.

Un primer hecho que llama poderosamente la atención acerca de los jóvenes obreros de la década de los 80 es que, a diferencia de lo acontecido en los años 70 y no obstante que el nivel de radicalidad y la filiación izquierdista se ha mantenido, hay un visible alejamiento de la militancia activa y de todo aquello que representa la organización partidaria. ¿Cómo explicar esta situación? El autor parece encontrar la respuesta en las *actitudes más pragmáticas y menos ideologizadas* de los jóvenes actuales, actitudes que —se nos previene— no deben ser confundidas con despolitización. En efecto, no se trata que los actuales jóvenes obreros hayan abjurado del sindicalismo clasista, sino más bien de una manera *distinta* de hacer política. Sobre este nuevo comportamiento han influido diversas circunstancias, como la percepción de que la filiación político-partidaria asumida abiertamente deviene en un obstáculo en quien quiera hacer una carrera sindical; el temor a las represalias empresariales aparentemente más intensas en la actualidad; y, finalmen-

te, al miedo no sólo frente a las acciones terroristas que puedan ejercerse contra ellos mismos, sino también a la vinculación implícita entre izquierda y terrorismo que ha tendido a generalizarse y que encierra el riesgo de ser víctima de la represión.

Un segundo elemento importante a ser destacado es la relación existente entre el comportamiento político de las izquierdas y el nuevo contexto democrático surgido en los 80. Con la reinstalación de los regímenes democráticos en el Perú a través de elecciones periódicas, el escenario central de los partidos de izquierda dejó de ser los sindicatos y surgieron, en sustitución, los espacios electorales antes considerados terrenos propicios para prácticas reformistas alejadas de los mitos revolucionarios que aludían a la toma del poder por caminos más o menos violentos. Lo interesante de esta transformación, para decirlo en breves palabras, es el *efecto disolvente* que tiene la democracia sobre determinadas verdades absolutas que los jóvenes obreros militantes empleaban para dar férrea certidumbre a sus actos cotidianos, en circunstancias de ilegalidad de su práctica política y bajo un contexto dictatorial. En este nuevo contexto, por consiguiente, cesan las motivaciones para un revolucionarismo excesivo, para una vida llena de sacrificios y privaciones en función de una causa superior; en suma, los dogmas cuasi religiosos se ven profundamente erosionados, secularizando creencias escatológicas y haciéndolas más humanas. De hecho, la democracia abre una nueva institucionalidad y, en ese sentido, propicia nuevos canales de movilidad social ascendente. Esta es, por lo menos, la opinión que se desprende de las entrevistas realizadas por el autor, según las cuales “el ser militante de izquierda también constituye un mecanismo para disfrutar del poder, ganar prestigio social, obtener un trabajo rentable, ingresos superiores a los que se podrían lograr de otra manera” (p. 39).

Es esta segunda constatación la que conduce al autor a preguntarse si la mística revolucionaria de los 70 ha desaparecido completamente o ha dejado lugar a un nuevo tipo de *mito*, en el sentido mariateguista y soreliano del término, entre los actuales

jóvenes obreros. Una vez más, y no obstante mantener posiciones radicales, el resultado ha sido el surgimiento de *actitudes pragmáticas y escépticas* en sus filas. Ciertamente estas transformaciones operadas en la cultura política han obedecido a cambios en los paradigmas revolucionarios de los setentas (China, Cuba y Vietnam por Polonia; Lech Walessa en vez de Fidel Castro), pero básicamente son producto del enorme impacto provocado entre las clases populares y medias por el fracaso del velasquismo. En una palabra, el gobierno militar de Velasco no solucionó los problemas del país, pese a que se había convertido en sentido común la necesidad de realizar reformas estructurales y de haber identificado a la oligarquía y al imperialismo como los principales enemigos que obstaculizaban el desarrollo del país. Al fracasar el velasquismo naufragaban con él también las antiguas convicciones de hierro de los viejos militantes de izquierda, lo que sumado a una prolongada crisis económica y al debilitamiento de la identidad obrera, ha conducido a plantear una crisis del modelo marxista-leninista y a un descrédito, por impracticables, de las visiones catastrofistas que anunciaban la destrucción del Estado.

Finalmente, Rospigliosi identifica correctamente que la condición obrera es vivida por los jóvenes obreros eventuales de manera ambivalente, es decir, se prefiere la *relativa seguridad* de la fábrica a la de la calle porque en ella se ofrece un salario per-

manente, acceso a la seguridad social, eventual estabilidad laboral y posibilidades de un aprendizaje que puede conducir más adelante a la independización del trabajador. Sin embargo, a juicio del autor, esta posibilidad, dadas las condiciones de la crisis económica actual, no sería sino un "paliativo psicológico para soportar una situación de por sí penosa" (p. 81). Pero más importante aún es el hecho de que estos jóvenes obreros eventuales son percibidos por los obreros estables como contrarios a los intereses clasistas, razón por la cual no sólo carecen de la *solidaridad sindical* necesaria, sino que además ven supeditada su incorporación plena al trabajo a una decisión estatal. Bajo la hipótesis de que ello no ocurriese, estos jóvenes podrían verse atraídos por la acción de los grupos insurreccionales, mientras que si la situación inversa aconteciera lo más probable sería esperar un incremento de la radicalidad pero —como el autor lo señala— dentro de los marcos institucionales.

En suma, estamos frente a un libro en el que su autor —como indicamos en un inicio— ha comenzado a mostrar los resultados de una investigación aún no concluida. Sólo nos resta, pues, esperar a que ello ocurra. Sin embargo, buena parte de sus ideas pueden actuar ya como un valioso conjunto de sugerencias y pistas a explorar con mayor profundidad.

Felipe Portocarrero S.